

tan variadas respuestas, hubiera sido necesaria una obra muy extensa. El autor ha optado por resumir las posturas, asumiendo el riesgo de que a veces sus valoraciones puedan parecer faltas de matiz.

El resto del libro presenta una secuencia lógica, que podría formularse en forma de afirmaciones concatenadas: 1. El hombre, dentro del universo, es un ser original y único. 2. Su unicidad estriba en que, sin dejar de comulgar con el resto del cosmos por su dimensión corporal, posee otra dimensión que le permite trascenderse: su dimensión espiritual. En otras palabras, sólo el hombre es persona. 3. Una mirada ulterior a este ser peculiar revela que es consciente de sí (y del «otro»), y que por tanto puede disponer de su propia vida. El hombre es, pues, ontología y proceso: esfuerzo de autoconformación con lo que quiere ser. 4. Su teleología no es arbitraria, porque su fuerza y meta brotan de su misma naturaleza. Si su libertad es el poder de configurarse con lo que tiene que ser, el dinamismo moral o ético no es algo impuesto al hombre desde fuera, sino que resulta más bien una realidad estructural. 5. Aparece el hombre entonces como ser-respuesta, a una vocación o proyecto. 6. Los anhelos más profundos del hombre, que apuntan a una felicidad sin sombras, sólo encuentran respuesta en Dios, que se ha revelado en Cristo. 7. Es esta la única salida de la desesperación que el mundo actual provoca en el hombre con sus horizontes cerrados de inmediatez y caducidad.

Como puede verse, esta manera de reflexionar sobre el hombre representa un suave llevar al lector de la mano hasta Cristo y la salvación que —a través de Él— se brinda al hombre. En este sentido puede decirse que hay un propósito apologético en la secuencia estructural de esta obra. Apunta a la

respuesta más satisfactoria y honda a la pregunta por el sentido y dirección de la vida, y lo hace, a nuestro parecer, con un esquema que suscita interés en la mente moderna y es, en su conjunto, lógicamente válido. El autor deja traslucir sus conocimientos de M. Scheler, T. de Chardin, X. Zubiri, Juan Pablo II y el Concilio Vaticano II. Intenta extraer, de las diversas propuestas de los autores, líneas de principio e ideas —como p. ej. la noción de la historicidad del hombre, de la dinamicidad de su esencia, etc. — que puedan tener validez para una reflexión sistemática acerca del hombre. Podemos afirmar que, en gran medida, el autor logra, a partir de posturas antropológicas muy dispares, extraer principios luminosos y estructurarlos, para construir una respuesta coherente a la pregunta ¿qué es el hombre?

Finalmente, queremos apuntar un error de transcripción, en una cita en la p. 82 y también en el índice onomástico, del nombre de un físico famoso, Werner Heisenberg.

J. Alviar

**Aloys GRILLMEIER**, *Le Christ dans la tradition chrétienne*, t. II/2, *L'Église de Constantinople au VI siècle*, Les Ed. du Cerf, col. «Cogitatio Fidei», París 1993, 741 pp., 13,5 x 21,5

Traducción francesa del volumen correspondiente al siglo VI oriental de la conocida obra del reciente Cardenal A. Grillmeier *Jesus der Christus im Glauben der Kirche*. El A. señala en el prefacio que con respecto al original alemán, publicado en 1989, este volumen contiene algunas mejoras de contenido y las noticias e indicaciones bibliográficas surgidas al paso de los cuatro años que separan esta traducción de la

edición original. La traducción ha sido realizada con esmero.

*Cristo en la tradición de la Iglesia* es una obra imprescindible en el estudio de la teología sistemática y, por supuesto, en todos los campos concernientes a la historia de la Iglesia y a la historia del pensamiento cristiano de esos siglos. Difícilmente se puede añadir nada nuevo a lo ya dicho con respecto a las ediciones anteriores. Quizás insistir en la importancia de su aportación.

Dentro de las características de una obra de esta envergadura, se puede destacar el carácter unitario de este volumen, no sólo en lo que toca al siglo concreto y a la geografía que estudia, sino incluso a la misma problemática: la lucha en torno a la doctrina cristológica de Calcedonia. Podría decirse que nos encontramos ante la primera etapa de un debate permanente, que nace a raíz del mismo concilio de Calcedonia, que tuvo un fuerte resurgimiento en los años cincuenta de nuestro siglo, y que hoy sigue abierto. Como homenaje a este Concilio en su centenario, el mismo Grillmeier dirigió los tres volúmenes de *Das Konzil von Kalkedon*, que marcan una época en la cuestión cristológica; ahora entra de lleno en las cuestiones referentes a la aceptación y rechazo de Calcedonia en los primeros tiempos, al calcedonismo y al neocalcedonismo de los años inmediatamente posteriores a la celebración del Concilio, es decir, de la época que va del 451 al 604, desde la celebración del Concilio hasta la muerte del Papa Gregorio Magno.

La estructura de los capítulos permite seguir con relativa facilidad la gran cantidad de datos que se ofrecen a lo largo de estas más de setecientas páginas, precisamente porque estos datos se presentan ordenados en torno a los grandes núcleos de pensamiento del siglo VI y sin desgajarlos de las circuns-

tancias históricas y políticas con las que se encuentran fuertemente entrelazados.

Tras un luminoso preliminar en el que se describe el *orbis christologicus* desde el 500 al 600, la situación del Patriarcado de Constantinopla, las fuerzas principales de la cristología de Bizancio en el siglo VI, y el Imperio y la ideología de la Iglesia imperial (pp. 17-36), se entra de lleno en el apasionante estudio de la cristología de Severo de Antioquía (pp. 37-244), el más ardiente polemista anticalcedoniano. Especialmente valiosas parecen las breves páginas dedicadas a la consideración final del estudio de Severo de Antioquía, tituladas «el panorama de las cristologías calcedonianas y no calcedonianas» (pp. 242-244). Naturalmente estas páginas suponen no sólo el conocimiento de la historia del período, sino también el conocimiento de las cuestiones debatidas en Calcedonia y aún vivas en nuestro siglo. Con un lenguaje típico de nuestro siglo, el A. insiste en la necesidad de unir cristología desde arriba y cristología desde abajo. «Si aquí se trata —apostilla el A. — de un primer intento, nosotros tenemos como deber el continuar el desarrollo de estas iniciativas teológicas en favor de la paz» (p. 244).

La segunda parte se titula una retrospectiva teológica sobre Calcedonia y está dedicada a sus grandes defensores: Leoncio de Bizancio, el círculo de los calcedonianos y Leoncio de Jerusalén (pp. 245-416). Las dos últimas partes del libro están dedicadas a las intervenciones teológicas de Justiniano con sus luchas y condenaciones (pp. 417-620). El lector encuentra aquí tratados con profundidad los avatares de la fórmula *Uno de la Trinidad ha sido crucificado* y la cuestión de las tres capítulos. La última parte (pp. 623-678), está dedicada al declive de la era de Justiniano y a una visión global del siglo VI, concluyendo con unas hermosas páginas dedicadas a

Romanos el Cantor. Queda clara —y es una gran lección teológica— la importancia de una cristología concreta, una cristología que intente el acceso a Cristo a partir de los misterios de su vida, sobre todo, tal y como estos misterios son celebrados se celebran a lo largo del año en la liturgia.

L. F. Mateo-Seco

**Miguel PONCE CUÉLLAR**, *María, Madre del Redentor y de la Iglesia*, ed. Grafisur, Los Santos de Maimona, Badajoz, 1995, 409 pp., 12 x 25

Bajo este título abarcante, Ponce nos ofrece un manual de mariología largamente meditado y al que preceden muchos años de docencia teológica. Como nota Mons. Montero en el prólogo, puede hablarse, de algún modo, de una vocación tardía de Ponce Cuéllar a la especialización mariológica. Pero eso más que una dificultad, ha sido una ventaja para él. Ha podido asentar, desde el primer momento, su construcción mariológica sobre los pilares de la cristología, la eclesiología, la antropología cristiana y la proyección teológica (p. 6). La observación es atinada y describe muy bien las disposiciones del A. al escribir esta mariología: accede a ella como un teólogo sensible a la conexión que las verdades cristianas tienen entre sí y, por ello, atento a la coherencia interna del tratado que escribe, pero sin perder nunca de vista su ubicación en el universo teológico.

La estructura es la habitual en este tipo de tratados, sobre todo, si se tiene en cuenta la importancia que el A. da al nacimiento y desarrollo de las verdades marianas en la historia. Tras una Introducción, breve, pero en la que se han elegido sabiamente las cuestiones tratadas (pp. 11-28), se dedica una parte

a María en la Sagrada Escritura (pp. 29-158), una segunda al desarrollo del pensamiento mariológico de los Padres (pp. 159-220), y la tercera parte a la exposición sistemática de la fe de la Iglesia (pp. 221-388).

La Introducción podía haberse titulado también la mariología en su contexto. En efecto, el A. ha sabido elegir y exponer con claridad aquellos temas imprescindibles para hacerse cargo de la situación de la mariología con respecto a los demás tratados y en el contexto histórico de esta segunda mitad del siglo XX. He aquí los epígrafes: Mariología y Vaticano II, Cristología y Mariología, Mariología y ecumenismo, Mariología y pneumatología, Mariología y antropología, Principio configurador de la Mariología.

El nacimiento y desarrollo histórico de las verdades marianas están tratados con solvencia y generosidad de datos. Ponce ha manejado —y ofrece al lector— una bibliografía abundante y oportuna, que permite una visión profunda y serena de las diversas cuestiones que se agitan en este campo. El tratamiento sistemático es coherente y bien trabado. La misma forma en que ubica las cuestiones ayuda ya a considerarlas en una perspectiva adecuada. Ponce comienza esta parte con el estudio de la maternidad divina de María y de su virginidad, encuadra la Inmaculada Concepción y la Asunción bajo el epígrafe «María, la primera redimida por Cristo», y prosigue con el estudio de la María como asociada a la obra redentora, finalizando con un capítulo dedicado al culto y piedad mariana.

Quizás nada mejor para comentar este libro que las palabras finales del prólogo: «si, para Ortega y Gasset, la claridad es la cortesía del filósofo, digamos aquí que la publicación de un buen manual de teología mariana, es para el Pueblo de Dios la cortesía de un sacer-